

**M**e llamo Dolores Velasco y acabo de salir de la cárcel.

Soy consciente de que esta presentación dista mucho de las que nos enseñaban en el colegio, cuando no teníamos nada más que esconder que los leotardos bajo la falda, y nuestros pecados se reducían a algún pensamiento obsceno con el profesor de educación física. Con semejantes credenciales, lo más probable es que crean que soy mala persona, o que alguna vez lo fui, o que siendo buena me tomaron por mala, o que me hice pasar por mala por alguna buena causa, o que la causa que creí buena resultó ser la peor de todas. En cualquier caso, piensen que «lo bueno de lo malo es que no es lo peor»\*.

---

\* Arthur Schopenhauer.

Por absurdo que parezca, mi destino lo fijó un viejo santoral de pasta granate en el que mis padres, tan metódicos como metepatas, tan ilusionados como ilusos, subrayaron seis nombres: Lidia, que me habría permitido capear los temporales de la rutina; Rocío, que me habría servido para dar vida a esperanzas marchitas; Candelaria, que habría bastado para prender fuego en interminables noches de frío; María, que sin duda me habría colocado en mi sitio; Beatriz, nombre que prometía felicidad de por vida, y Dolores, de los de barriga, de los de corazón y de los de cabeza. No sé en qué mal momento, ni por qué, se decidieron por este último, lo único que sé es que mi existencia ha sido tan feliz en realidad como desgarradora en la imaginación, o puede que, realmente, fuera tan dolorosa que no me quedó más remedio que perseguir una constante fantasía.

Ahora que he conseguido doblegar los barrotes de la conciencia, no me llaméis Dolores, llamadme Lola, porque salgo de la cárcel con esperanza entre las piernas, sudor del bueno en el escote, días que tachar en el calendario y más que contar que cuando llegué. Pero lo contaré a mi manera, con los detalles hechos historias y las historias hechas anécdotas, con mucho de pasión y algún hielo en la memoria, con dimes y con diretes, con el por qué y el por qué no, con lo mejor del cuento y lo peor

de la pesadilla, en definitiva, con más dolor que Dolores.

Voy mascullando todo esto en un taxi, con los ojos anegados en lágrimas y las piernas temblando de nervios. No quiero conversar, me quedo con las últimas palabras antes de despedirme en la cárcel, con los besos dados al aire, con la promesa de acordarte aunque no quieras recordar, porque la cárcel es demasiado fría como para meterla en tu cama, porque la soledad es demasiado estrecha para hacerle el amor cada mañana y «el que la apetece tiene mucho de Dios o de bestia»<sup>\*</sup>.

---

<sup>\*</sup> Mateo Alemán.

Cuando conocí a Juan el invierno se había colado entre mis piernas. Combatía la abstinencia con recuerdos, que eran recuerdos calientes con los que derretir el insomnio de un diciembre frío. Llevaba cuatro años teniendo pasión interrumpida, que es la forma de apasionarse ininterrumpidamente, con un hombre casado. Así que puedo decir que muy pronto en mi vida fue demasiado tarde. El obstáculo me había hecho desearlo más de lo que lo deseaba, quererlo más de lo que lo quería y soñar con lo que realmente no soñaba. No tenía ni la más mínima duda de que en mí pesaba aquella concepción del amor romántico, aquellas desventuras de Tristán e Isolda que devoré en la carrera. Mi vivir había sido un rosario de promesas sin cumplir, de desesperantes esperas, de camas deshechas

entre semana y domingos de escrupulosa quietud. No voy a negar que odiaba a mi amante, lo odiaba porque no había conseguido poseerle como yo quería y había roto las cuerdas antes de atarle, para atarme a la locura de una cama sin él. Lo había intentado todo: había cambiado de casa, de color de pelo, de amigos, de restaurantes, había inventado hábitos a los que no me habituaba y había borrado números de teléfono, que cada noche me empeñaba en desordenar para no recordarlos. Lo odiaba, como lo llevaba queriendo casi cuatro años en los que nos habíamos reconocido a oscuras, palpando cada equivocación, cada disparate, cada despropósito, cada grito. Y él, sordo adorable, oído para lo que le convenía — o lo que creía que le convenía —, maduro adolescente, mozo revejido, él, que volvía la espalda cada vez que yo gritaba demasiado, también me odiaba. Me odiaba cuando le pedía que se quedara de noche, que pasara el fin de semana conmigo daba igual dónde, cada vez que, presa de una rabieta, o de dos, o de tres, prometía apurar la noche en otros brazos, cautiva de otras conversaciones. Y las apuraba... mientras pensaba cómo sería su noche, una de esas noches inquebrantables, reservadas, inevitables, rituales, en su casa, con su mujer, esa cara invisible a la que puse ojos, bocas y narices de cuantas mujeres de treinta y pico suponía envidia de mis veintimuchos. Él quería vivir conmigo para tomar-

me al asalto y quererme toda una vida. Pero también quería su casa, su sillón favorito, su Play Station, la costumbre de ver a su mujer en el sofá, el beso que se dan los maridos y mujeres felicitándose por aguantar siendo maridos y mujeres.

*Tú soñabas, y sueñas, con un lugar en el sur en el que dorarme la piel con buenas intenciones de amante liberado. En nuestras excursiones a la playa me alimentabas la boca con arenas y sexo. Y yo me encaramaba sobre tu pecho y te miraba para amarte con los ojos abiertos, porque «amarse con los ojos cerrados es amarse ciegamente»\*. Entonces me balanceaba sobre ti sin pudor, delante del pescador o el veraneante de turno, hasta que notaba el temblor de tu sexo y la cara se te desencajaba. Después de comer, paseábamos desnudos, como si hubiéramos nacido en el paraíso, y, de vuelta a la normalidad, te provocaba para que pararas el coche en cualquier desvío. Entonces, me apoyaba sobre el capó y me dejaba follar pensando en cuantos ojos podrían estar observando cómo las yemas de mis dedos lo estaban contando...*

Solía escribir cosas así en el ordenador. Pretendía ser una suerte de diario, una especie de terapia, pero también un ejercicio para refrescarme el arte de escribir que fui desarrollando a lo largo de mi adolescencia y que en la Facultad de Periodis-

---

\* Marguerite Yourcenar.

mo se cargaron a golpe de titular, cuerpo y lead. Aporreaba las teclas del ordenador como hacía mi padre con su vieja máquina de escribir y, como él, apuntaba cada párrafo de lectura que me llegara al corazón. Pero no pretendía ser como él. Ya no podía permitirme ser tan escrupulosa, ni tan metódica, ni tan espartana, ni tan recta. Sabía que ser auténtica era intentar parecerme a lo que soñaba de mí misma, y no a lo que los demás soñaban de mí.

No soy nada.

Nunca seré nada.

No puedo querer ser nada.

Aparte de eso, tengo en mí todos los sueños  
del mundo\*.

Podría haber dicho eso de «yo quiero ser una chica Almodóvar, un poco lista, un poquitín boba», pero más bien deseé ser como Norma Jean, como Marilyn, con su pelo perfectamente alborotado, con esas curvas sometidas debajo de un albornoz blanco, con aquella mirada entornada, de puedo porque quiero y quiero aunque no pueda. Había crecido con cuanta biografía de la actriz había caído en mis manos y había devorado cuanto dato biográfico aportaban aquellos libros plagados de

---

\* «Tabaquería», Fernando Pessoa.

sensualidad. Probablemente por ello, aunque nunca fui consciente, se me metió en la cabeza, ya desde pequeña, que moriría a los 36 años. Tratando de encontrarle otro sentido, caí en la cuenta de que si a seis le restaba tres, me quedarían tres, que era, en definitiva, el número de mi vida: tres esquinitas tiene la cama de ese matrimonio en el que, como escribió Balzac, «uno se aburre y otro sufre».

A pocos meses de cumplir treinta años, a juzgar por los antojos de palmeras de hojaldre con chocolate y por cierta incontinencia lagrimal, parecía instalada en plena crisis del tres. Frente al espejo de mi digna vivienda de alquiler, con la mano derecha sujetando el pecho izquierdo y la izquierda elevando el párpado derecho, me preguntaba cómo demonios había podido entrar en la depresión de los treinta sin haber pasado la edad del pavo. Hasta ese momento no había tenido consciencia de mi cuerpo. Era apenas el regalo que mis padres me habían hecho, un regalo con el que podía jugar, experimentar, como experimentaba con aquellas Nancy a las que pintarrajeaba la cara y cortaba el pelo en cuanto se acababa el roscón de Reyes y empezaba a notar cómo los caramelos de los zapatos se adherían a las paredes de mi estómago, de la misma manera que ahora se me pegaban las sábanas con olor a Mimosín y a sexo.

*Todavía olía a salsa de tomate casera —ninguna como la receta de mamá—, un sofrito de cebolla, se-*

*tas, pimienta roja, pimienta verde y tomate triturado, que dejaba cocer al mínimo toda la tarde. Durante la cocción, tenía tiempo de lavarme el pelo, desenredármelo y enredármelo a conciencia, depilarme lo indepilable, perfumarme hasta el mareo y cambiarme de ropa interior cada 15 minutos: que si un cuerpo rosa con ligüero incorporado y tanga con lentejuela en el minúsculo retal trasero; que si un dos piezas en rosa palo con encaje negro; que si un sujetador negro transparente con finísimo volante... Cuando llamaste a la puerta llevaba sujetador y tanga rojos, y tacones infinitos a juego. Aún tengo las huellas de los dedos de tu mano derecha enredados en mi cuello y el carmín desdibujado por tu mano izquierda, que enmudeció mi aullido cuando, sin quitarme la ropa, me penetraste con la premura de un animal recién salido de la jaula. Apenas pude leer en tus ojos que hacía muchas noches que bajabas los párpados y tu mano solitaria soñaba con aquel encuentro.*

*Arrancaste tu cuerpo del mío, te deshiciste del cinturón y con un movimiento en el aire me pusiste a tus pies, como una gatita que ronronea y se frota contra los tobillos de su dueño. Entonces te alejaste arrastrando una de las sillas del comedor y te sentaste frente al espejo del armario del salón. Nunca mi piso me pareció tan amplio, y nunca mis pasos tan pequeños. Clavé las rodillas en la madera y me arañé las muñecas con las monedas que iban cayen-*

*do de tu pantalón. Cada vez te tenía más cerca, acomodado en aquella silla, con tu miembro clamando al cielo y tu mirada detenida en el infierno de mi cuerpo. Recuerdo cómo llegué a mi deliciosa meta y cómo saboreé tu semen mientras tu mirada se perdía en el espejo.*

Aunque me fustigara recreando recuerdos, había decidido poner un cartel de cerrado por derribo, que diría Sabina, en el corazón y aferrarme a mi trabajo en la revista y a las confidencias con los amigos. Precisamente, la tarde que conocí a Juan había degustado comida italiana con uno de ellos, al que le pesaba el ayer más que los gnocchi con tomate que acabábamos de devorar. Hacía meses que se había separado de su pareja de toda la vida, pero no acababa de encontrar la manera de llenar el vacío que habitaba en la cama. Con la convicción de que para dejar de lamentarse por alguien hay que empezar a lamentarse por otro, nos encaminamos al barrio de Chueca para cumplir, si no con la demanda, al menos con la oferta. Solíamos pasar a menudo por allí y entrar en el Diurno, una cafetería que era, a la vez, videoclub y take away, un giro muy moderno para explicar que tenían comida para llevar, claro que la mayoría de los que acudían esperaban llevarse otra cosa: tal vez un calentón matutino, un flechazo de sobremesa o un desahogo nocturno. Aquel día, tal vez fue zancadilla del sino,

el Diurno estaba a rebosar. A través de los inmensos ventanales, que iban del cielo al suelo, se divisaban las espigadas siluetas del humo de los cafés. Aun así, decidimos entrar. Apenas habíamos dado tres pasos cuando una voz amable nos invitó a compartir sofá. Accedimos y pedimos dos téj rojos, de esos que lo mismo te dejan una silueta estupenda, que acaban con el esmalte de tus dientes. No caí entonces en que justo aquella era la manera de encontrar a los que han de arruinar nuestra vida: por casualidad, en la hora del aburrimiento, «que es la hora de los grandes, estúpidos e irremediables peligros»<sup>\*</sup>.

Juan tenía la camisa abierta y una particular decoración navideña abriéndose paso entre el pecho. Llevaba una cruz un tanto macarra —su particular cruz de navajas, pensé—. Me pareció, entonces, motivo suficiente para encomendarme a su cuerpo. Hablaba sin parar, con una cadencia afeminada en el tono y en el devenir de sus manos que contrastaba con sus facciones extremadamente masculinas, a excepción de unas cejas, otrora pobladas, depiladas en exceso. Gesticulaba demasiado, me miraba como se observa algo en un escaparate que sabes que va a formar parte de tu armario, se santiguaba a razón de una vez por minuto, dando gracias a Dios, su Dios. Me pareció un personaje singular,

---

<sup>\*</sup> *Baudelaire*, César González-Ruano.

atractivo más que guapo, excéntrico más que excepcional, único, como lo son los que creen poderlo todo, pero también como lo son los que creen que no podrán con nada. En aquel momento, no me molestó que hablara sin parar de sí mismo. Me entusiasmaba que no necesitara de preguntas para enlazar una anécdota con otra. Estaba claro que lo suyo no era dialogar, sino un monólogo confeccionado con algo de realidad y mucha fantasía, una presentación publicitaria, una oda a sí mismo que, sin embargo, no me sonó en absoluto pretenciosa. Mi amigo, un periodista de sociedad de los de toda la vida, le escuchaba atentamente, con la curiosidad pegada al oído y la deformación profesional amorozada. El personaje le sonaba, porque si alguien sabía de cotilleos y de árboles de cama era él. Le bastaron apenas unos segundos para caer en que había sido pareja de una exuberante artista. No necesitó preguntar para obtener su entrevista, aunque era consciente de que las palabras de aquel hombre tenían la credibilidad de cualquier nota de un gabinete de prensa. El suyo era un discurso preparado, políticamente correcto, un discurso perpetrado para quedar bien, como un caballero. Iba con un pijo redomado al lado, de estos que tienen rubio natural y natural rubor, de los que hablan tan bajito que no aciertas a imaginar cómo chillarán, si es que gritan alguna vez. A decir verdad, su compañía

era la mejor credencial de un Juan que parecía querer rebajar su aspecto de canalla repitiendo una y otra vez que su padre era diplomático. Tanto nos confiamos que empecé a desconfiar de mi racha de soledad. La tarde de aquel domingo de diciembre se nos fue entre cubatas para ellos y té rojo para mi amigo y para mí. Por las veces que aquellos chicos fueron al baño llegué a pensar que el whisky era más diurético que nuestra bebida. Hasta sopesé si incluirlo en mi dieta, pero los veía tan sobrios que no quise desentonar y estropear mis andares de pantera con tropiezos de gatita en celo. Cuando nos despedimos, aquel charlatán tan simpático — más de feria que de embajada, pensé— nos pidió que intercambiáramos los teléfonos. No lo dudé. Lo bauticé en mi agenda como Mowgli, el niño de la selva. Un niño al que adorar, que había nacido aquella Navidad en la jungla madrileña. No sabía entonces que tan pronto en mi vida ya era, otra vez, demasiado tarde.

**D**urante una semana estuve hablando por teléfono con aquel desconocido que se me hacía tan familiar. Me gustaba que tan pronto me estuviera llamando cariño o amor, pero, al mismo tiempo, sospechaba que era la fórmula del listillo de turno para no pronunciar nunca el nombre equivocado en la cama. Yo también me acostumbré a llamarlo así. Me telefoneaba cada dos por tres, después o antes de una reunión, pero siempre había silencio de fondo. No sabía en qué consistían sus reuniones, si acaso lo sospechaba, porque el día en que lo conocimos, de vuelta a casa, mi amigo me llenó la cabeza de comprometedores rumores. No me preocupaban, todo lo contrario, tan solo me obsesionaba cuándo nos íbamos a ver. Fantaseaba con su mirada, con sus manos, imaginaba cómo me rozarían sus labios, cómo

se defenderían aquellas palmas tan anchas sobre mis pechos, como se moverían aquellos dedos huesudos sobre mi clítoris, y, de tanto imaginar, acababa corriéndome antes de dormir, gimiendo su nombre. Por la mañana, me despertaba con un mensaje de buenos días, y me mandaba a la cama, más tarde de lo que acostumbraba Casimiro, con un besazo, que es palabro masculino, como él. Yo le correspondía con poemas de Benedetti.

    Mi estrategia es  
    que un día cualquiera,  
    no sé cómo ni sé  
    con qué pretexto,  
    por fin me necesites.

    Recuerdo que un día me dio por copiar los versos de Benedetti y se los envié en un sms. Al instante sonó el pitido de su respuesta: «Mi táctica es follarte hasta saciarte». Me reí. Seguramente la risa era nuestro vínculo más fuerte. Tan unida me sentía a Juan, aún sin estarlo, que había decidido poner fin a mi tempestuosa relación con el hombre casado, segura de que, esta vez, sería la definitiva. Quedamos en nuestra cafetería habitual, el Café de Oriente, donde era frecuente ver a chicas jóvenes con aparentes cuarentones, deseosos de echar la vista atrás. No quería recordarlo eternamente como el lugar donde ha-

bía empezado nuestra relación, así que, a partir de ahora, sería el lugar donde se había acabado todo.

— Quiero dejarlo.

La sorpresa fue una calada interminable a su cigarro.

— ¿Por qué?

— He conocido a otra persona.

— ¿Te has acostado con él?

— No.

— ¿Te has acostado?

— No.

— ¿Te has...?

— Sí.

El dolor son dos caladas interminables y un trago extralargo de whisky. Apuré los cuatro años de relación en cuatro minutos y él lo digirió como pudo, entre trago y trago de Johnny Walker. Le dije al que hasta entonces había sido el hombre de mi vida que me iba, sin saber muy bien adónde. Apenas un par de días más tarde lo averiguaría.